

¿Una Unión Bancaria a la búlgara? No, gracias

■ J. L. Marco

Las dudas sobre la viabilidad de algunos sistemas bancarios europeos han resurgido en los últimos días con la situación de las entidades de Bulgaria, el país más pobre de la Unión Europea. El miedo a un corralito por parte de sus bancos, como el vivido hace algo más de un año en Chipre, han situado en interminables colas a miles de ciudadanos búlgaros ante sus entidades, temerosos de sus ahorros depositados en las mismas.

Todo este desconcierto, que se achaca por los distintos responsables políticos a un sabotaje contra el sistema financiero de Bulgaria, se produce a tan sólo unos meses de que el Banco Central Europeo (BCE), presidido por Mario Draghi, asuma las competencias únicas de supervisión, en la que los bancos españoles se ofrecen ante sus pruebas de resistencia casi en desnudo integral y sin apenas ropajes que tapen las potenciales vergüenzas (como ha ocurrido en las anteriores pruebas realizadas por la Autoridad Bancaria Europea, la conocida como la EBA en sus siglas en inglés).

Lo ocurrido en Bulgaria y con sus bancos bien pudiera ocurrir en cualquier país de la Unión Europea o de cualquier otra zona del planeta. Si algunos interesados tratan de poner en cuestión la solvencia de los bancos y la seguridad de los ahorros en ellos



M. Draghi.

“Las fugas de depósitos de Corporate Commercial Bank (Corpbank) o First Investment Bank no difieren de lo ocurrido hace algo más de un año en Chipre”

depositados, los ciudadanos se apresurarán en recuperar su dinero atesorado. Ya se sabe, que el dinero es muy miedoso.

Las fugas de depósitos que han sufrido entidades como Corporate Commercial Bank (Corpbank) o First Investment Bank no difieren de lo ocurrido hace algo más de un año en Chipre, cuando todo el país y su sistema financiero se vieron cuestionados. Todo ello fue

esquivado con la implicación de una Unión Europea que garantizó al máximo los depósitos de los chipriotas. Eso sí, con una indefinición inicial que añadió más dudas a los modestos ahorradores ante las fortunas procedentes de grandes magnates de Rusia que habían optado por los depósitos que ofrecían los bancos chipriotas.

En el caso de Bulgaria, las autoridades comunitarias, tras confirmar la solvencia de los bancos del país, han destinado 1.700 millones de euros para contrarrestar el ataque contra su sistema bancario y evitar la crisis de liquidez a la que se veían abocadas numerosas entidades.

Todos estos episodios no difieren muy mucho de lo que se vivió en España hace poco más de dos años, con la nacionalización de Bankia y el cambio de la cúpula presidida por Rodrigo Rato por el nuevo equipo gestor encabezado por José Ignacio Goirigolzarri y de la mano del Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria (FROB). Incluso, cabe recordar la continua fuga de depósitos de la Caja de Castilla La Mancha (CCM), aún presidida por el socialista Juan Pedro Hernández Moltó, en vísperas de que se convirtiera en la primera entidad financiera intervenida en España en los inicios de la reciente crisis.

No han sido, desde luego, las únicas entidades bancarias que han sufrido problemas similares, pese a que la mayoría de las

autoridades políticas y bancarias españolas por aquel entonces repitieran de manera machacona la calidad del sistema financiero español, a la cabeza absoluta de todo el mundo. También en fútbol se estuvo en lo más alto hace cuatro años, mientras que ahora se ha entrado en un pozo que no parece tener fondo.

Bien es cierto, que la situación política de Bulgaria no era lo más estable en la actualidad, con un primer ministro, Plamen Oresharski, que ya planea elecciones para el próximo mes de octubre, casi en paralelo a que se conozcan las pruebas de resistencia coordinadas por el Banco Central Europeo (BCE).

“Si algunos desestabilizadores se cuestionan la solvencia de sus bancos nacionales, en muy poco tiempo miles de ciudadanos tratarán de retirar sus ahorros”

Este dirigente es el que ha hablado, de manera pública, de “un intento deliberado y sistemático por desestabilizar el sistema bancario búlgaro”. La pregunta es si no hay más sistemas bancarios en la Unión Europea que se encuentren ante un riesgo similar a lo que ha ocurrido en Bulgaria.

¿Alguien puede asegurar que es inmune ante una situación similar?

Si algunos desestabilizadores, como los que han podido actuar en Bulgaria, se cuestionan la solvencia de sus bancos nacionales, en muy poco tiempo miles de ciudadanos tratarán de retirar sus ahorros lo antes posible. Y ante un escenario de ese tipo, no hay sistema bancario solvente que no se vea bloqueado. Al menos, de manera temporal.

Mucho se espera, y también se teme por parte de numerosas entidades (incluidas algunas españolas por los métodos de cálculo) de las pruebas de resistencia del BCE, que abre su etapa como supervisor único en la Unión Europea.

Tal vez por ello, numerosos directivos y responsables del sector financiero nacional consideran que, más allá de los resultados individuales de solvencia en los distintos escenarios macroeconómicos, lo más importante de este proceso es que se supere la fragmentación existente en el seno de la Unión Europea de los distintos sistemas bancarios.

La unificación de criterios para medir a cada uno de los bancos aportará mayor transparencia de los balances de los mismos. Desde luego que no se puede ir a una unión bancaria a la búlgara, como se decía de los antiguos congresos de los Partidos Comunistas. Más que nada, para que el resquicio a la duda sea lo menor posible y los ahorradores se eviten sobresaltos continuados.

Crónica mundana

Tormenta sobre la política migratoria europea

■ Manuel Espín

Han bastado unos días y un suceso si se quiere menor –leves incidentes en Francia tras un partido de Argelia en el Mundial de Brasil– para que Marine Le Pen y el FN enseñen la patita. La líder del partido más votado en el vecino país en las pasadas europeas crítica la política de la doble nacionalidad, y pide que los inmigrantes “opten por ser argelinos o franceses, no las dos cosas a la vez”. Pedir tan drástica medida sólo porque unos agrestes hinchas promuevan disturbios callejeros, sería como demandar el cierre del canal de La Mancha cada vez que un club inglés decida jugar en territorio continental. No son sólo argelino-franceses los que queman contenedores tras un partido de fútbol... Violentos y alborotadores callejeros los hay en todas las “razas” del fútbol. El FN, como los populismos antieuropeístas y de extrema derecha que pululan por Europa, descarga hacia los inmigrantes la frustración, la ira y el descontento social de la pequeña burguesía, la clase media depauperada y los trabajadores sin identidad por las consecuencias de la crisis. Es la imagen –que no el discurso porque el fascismo carece de él al renunciar a los argumentos reemplazados por pasiones y estereotipos– empleado por Amanecer Dorado en Grecia, que ahora también se sienta en la Cámara de Estrasburgo. Un peculiar matiz es el que emplean los euroescépticos británicos para quienes Europa es culpable de

todos los males que acechan al Reino Unido, y el chivo expiatorio de sus problemas.

Frente a ese rebrote de los más viejos demonios familiares del odio al judío, al negro, al emigrante, al moro, al diferente, al otro, que asolaron en otros momentos la historia europea, la UE reacciona con una política dubitativa, mezcla de buenas intenciones declarativas y una deficiencia de pulso. Las dudas sobre la política migratoria es otra de las clamorosas vías de agua del proyecto. Las “familias políticas” europeas que ostentan el poder en las instituciones nunca han llegado a decidir sobre los dos modelos: la Europa plural, abierta de las libertades y los derechos

“La radicalidad de eurófobos, xenófobos y neofascistas en Estrasburgo contrasta con la tibieza y la falta de ideas de las grandes formaciones”

ciudadanos, o la “Europa-fortaleza inaccesible”, un islote de aparente riqueza frente a un mar de pobreza y vileza. Sin ir más lejos, es escandaloso que las crisis migratorias en el sur de Europa, como las de Lampedusa y Sicilia, o las de Ceuta y Melilla, tengan que ser solventadas unilateralmente y con respuestas policiales o humanitarias por los países directamente afectados, en este caso Italia o España, sin que el resto se sientan involucrados en decisiones que implican a estados

tanto de la zona como ajenos a la UE. No han sido precisamente las relaciones internacionales de muy bajo perfil el punto más brillante de Europa en las últimas legislaturas. Los temas migratorios son especialmente sensibles porque afectan a personas en su mayoría desfavorecidas o en riesgo de exclusión, e implican actuar con un enorme tacto para evitar generar incendios innecesarios.

En los últimos meses se ha puesto en entredicho uno de los aspectos que dieron identidad al proyecto, como el de la libre circulación de ciudadanos comunitarios. Cameron en el RU pone trabas a la llegada de rumanos y búlgaros: la libre circulación se reserva exclusivamente a los capitales, reproduciendo el discurso de la globalización. Y, sin embargo, a pesar de la crisis, la UE seguirá necesitando ciudadanos de otros países, sean o no comunitarios, habida cuenta de sus bajas tasas de natalidad y el envejecimiento de su población. El escenario para abrir un nuevo debate sobre la política migratoria es más complicado que en la anterior legislatura por la presencia en Estrasburgo de una ruidosa presencia de una populista y variada derecha radical anti-UE que pone en evidencia la falta de ideas y la carencia de nervio dentro de la política de ciudadanía por los grandes grupos. La regla es dura de asumir: cada crisis migratoria en el sur deberá ser resuelta por el país afectado mientras el resto preferirá mirar hacia otro lado. También se está respondiendo con tibieza a la



M. Le Pen.

“El saldo migratorio negativo de España y la caída de la población como consecuencia de la crisis se convierte a medio plazo en un problema social y económico”

forma como se produce esa integración en unas sociedades tradicionales ante la necesidad de aprender que deberán asumir el hecho de ser mestizas sin perder su propia identidad, como una realidad que debería ser positiva, o de lo contrario con la política de ghettos, espacios segregados, o extraños que conviven sin mezclarse, el problema se agravará en el futuro si no existe una política y una cultura de aceptación y de respeto entre “diferentes” que pueden y deben “mezclarse” sin generar nuevos

apartheid de zonas, barrios o escuelas casi exclusivas, que tanto daño hacen a la integración.

El debate sobre la política migratoria tiene una lectura de especial interés para España, que ha visto disminuir su censo en 547.890 como consecuencia de la crisis, con un saldo migratorio negativo, la pérdida de población joven, y los retornos más que significativos a sus países de origen de ciudadanos de Perú, Colombia, Ecuador y Argentina. Un hecho que impacta en los datos del sistema público de pensiones y acentúa el desequilibrio de las cuentas de la seguridad social. Pero que a su vez afecta a importantes parcelas: este próximo curso muchos centros educativos tendrán que redimensionarse a la baja, concentrarse e incluso cerrar, por el descenso de la población infantil y el retorno de los inmigrantes a sus países de origen. No deja de sorprender la ausencia de debate público, y el escaso interés del gobierno y de la mayoría de los grupos representados en el parlamento español, por abordar un tema tan esencial para la identidad del país como para su futuro económico, como es la política demográfica, y en paralelo la migratoria. Ese aparente desinterés parece una traslación de la tibieza con la que se afrontan estos temas desde las instituciones europeas. Ahora la voz cantante la van a llevar los radicales antieuropeístas. La reacción de los demócratas no puede volver a ser la de la sordina, la retórica o el discurso meramente declarativo de buenas intenciones. Mucho más cuando algún gobierno (Hungria) o partidos representados en Estrasburgo juegan de manera velada o directa con esa bomba de relojería llamada antisemitismo que tanto daño hizo a la Europa del XX.